

MARIO ESCOBAR

La gobernadora

la esfera  de los libros

Primera edición: junio de 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Mario Escobar Golderos, 2022

Derechos cedidos a través de BookBank Agencia Literaria

© La Esfera de los Libros, S.L., 2022

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel.: 91 443 50 00

www.esferalibros.com

ISBN: 978-84-1384-383-4

Depósito legal: M. 12.543-2022

Fotocomposición: J. A. Diseño Editorial, S.L.

Impresión: y encuadernación: Huertas

Impreso en España-*Printed in Spain*

Esta novela está basada en hechos reales, muchos de ellos
ocultados en los libros de historia durante siglos.
Todos los datos han sido contrastados y la mayor parte
de los personajes existieron de verdad.

360

2

2

33

CARTE
DES ISLES CANARIES
 avec l'Isle de Madere et celle
 DE
PORTO SANTO

Les communes de France de 25 au D.

Les Marées de 20 au D.

L. d'Espagne et de Portugal de 17 1/2 au D.

30

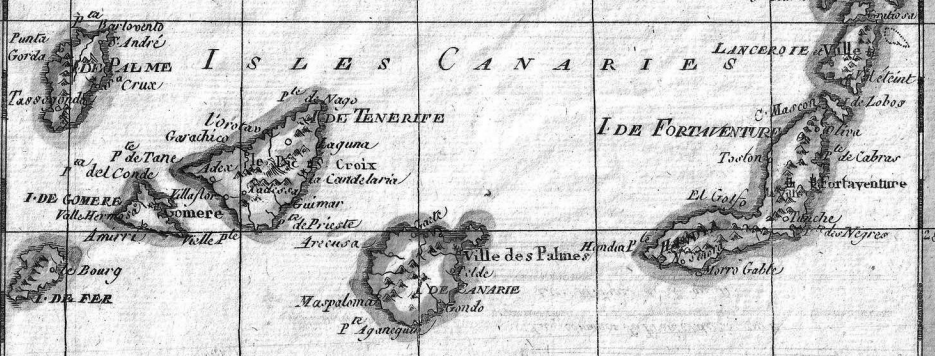
40

35

O C É A N A T L A N T I Q U E

Isle
des Sauvages
lebrus

I S L E S C A N A R I E S



Longitude du Meridien de Paris

C. Nojaud

19

17

16

31

50

20

27

Prefacio

«**H**ubo un tiempo en que los jóvenes eran nobles y las damas virtuosas, en el que con los ojos preñados de sueños miraron más allá de la mar oceánica e imaginaron un mundo nuevo, conquistaron imperios y doblaron con sus espadas afiladas la cerviz de hombres poderosos. En aquel tiempo misterioso en el que el hombre se descubría frente al espejo, cuando en Italia se construían majestuosos palacios y los papas vestían con las mejores sedas de Oriente; las mujeres eran consideradas santas, intocables y los hombres se preocupaban por guardar su honra. Un tiempo en el que las esposas eran castas, los jóvenes inocentes como palomas y la lujuria se encontraba asediada por la Santa Inquisición...».

El caballero tomó el papel y lo rasgó, después lo hizo una bola, antes de arrojarlo al fuego, aún prefería el pergamino, donde la pluma corría como un potro recién destetado, pero aquel invento del diablo era mucho más económico y a un bachiller no le sobraban los dineros.

Sabía que aquella historia de las islas Afortunadas era pura falsedad, pero su señor pagaba y él tenía que referir los hechos, no

como acontecieron, sino como su señor quería que la memoria del mundo los recordara.

El bachiller miró a ambos lados, estaba solo en el amplio despacho y ya nadie vendría a interrumpir su labor. Sacó de entre dos telas el manuscrito que llevaba elaborando durante dos años y acarició los lomos de piel que comenzaban a desgastarse por los bordes, después la portada anónima y en la que se dibujaba aún los contornos del ternero nonato que había servido para vestir su manuscrito. Abrió las tapas y encontró las hojas ordenadas y limpias, con letra clara y precisa, se detuvo en la primera línea, tan sagaz y profana, tan expresiva e impúdica. Sin duda aquel texto habría sido objeto de la más fiera censura y pasto de las llamas, pero él no quería que se perdiera la verdadera historia de la conquista de las islas Afortunadas y la terrible dama que las gobernó con mano de hierro. Él la había conocido en los últimos momentos de su existencia, cuando, tras años dejando que el sol de las islas tostara su piel lechosa, había regresado a Medina del Campo para morir. Apenas había llegado a los cuarenta y dos años, cuando las mujeres comienzan a recoger el final del fruto de su feminidad y se convierten en plácidas abuelas, pero la Cazadora aún tenía los ojos prendidos del fuego de su juventud, cuando los hombres caían rendidos a sus pies. Cual nueva Jezabel o Cleopatra, supo poner a los caballeros más importantes de su tiempo bajo su embrujo, y aunque en el fondo él la admiraba, no podía negar los hechos crueles de aquella dama. Le encandilaban las mozas despegadas y poderosas, las patricias indomables y casquivanas, capaces de tomar las armas para defender su honra y después encamarse con el más vil de sus siervos para apagar sus ardores. Una mujer así, bien vale un imperio y mil, si algún hombre los lograra reunir, porque una fiera domada no añade sabor a la olla y sus labios insípidos son incapaces de enloquecer a los hombres.

PRIMERA PARTE

LA DONCELLA

1

Amoríos de la corte y la muerte de un doncel

«En primer lugar, me parece que es más fácil conservar un Estado hereditario, acostumbrado a una dinastía, que uno nuevo, ya que basta con no alterar el orden establecido por los príncipes anteriores, y contemporizar después con los cambios que puedan producirse. De tal modo que, si el príncipe es de mediana inteligencia, se mantendrá siempre en su Estado, a menos que una fuerza arrolladora lo arroje de él; y aunque así sucediese, solo tendría que esperar, para reconquistarlo, a que el usurpador tuviera el primer tropiezo».

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El príncipe*

Córdoba, 13 de julio del año de Nuestro Señor de 1482

La guerra tiene un dulce y agrio sabor a muerte, a sudor de caballo y orín, a sangre y heces de animal. Fernando lo sabía muy bien, estaba curtido en mil batallas y sus ojos habían visto cómo grandes nobles y harapientos villanos morían de la misma forma. Por ello, cuando su lozanía comenzó a desaparecer y su arrojo disminuyó,

era mucho más dado a permanecer en los lujosos palacios de Castilla y Aragón que a correr tras las saetas de los sarracenos.

No le había costado mucho seducir a Beatriz de Bobadilla; aquella joven doncella de veinte años, de rasgados ojos negros y frondoso pelo castaño, era una potrilla fácil de gobernar. La primera vez que se fijó en ella fue en una situación perturbadora. Mientras descansaba, tras una opípara comida, en una de las terrazas del palacio, observó que Rodrigo Téllez Girón, el joven maestre de la Orden de Calatrava, sobrino de su otrora enemigo Juan Pacheco, comenzaba a jugar con una dama de la corte. Se ocultó entre cortinas para poder espiar a los amantes con mayor discreción. Rodrigo besaba el largo cuello de la dama libre de abalorios y después de abrirle el corpiño continuaba hasta los pechos de la joven. Ella tenía los ojos cerrados y gemía dócilmente, mientras que el maestre le acariciaba todo el cuerpo. Al final, le liberó del vestido y la piel de la joven se sonrojó por el fresco, aunque la calentura parecía proteger a los amantes del frío de marzo. Don Rodrigo terminó de abrir las piernas de la doncella y el rey pudo contemplar su monte de Venus castaño y frondoso como un bosque gallego, después se colocó sobre ella y comenzó a embestirla primero con la suavidad de un mancebo, pero a medida que la mujer gemía más fuerte, el maestre la penetró con más fuerza. En ese momento, los ojos abiertos de la doncella se cruzaron con los suyos y por primera vez la reconoció, era la sobrina de Beatriz de Bobadilla, la marquesa de Moya, íntima amiga de su esposa. Aquella muchacha de veinte años en la que se había fijado antes, no apartó los ojos avergonzada; sus dos pupilas negras como dos pozos le atraparon y Fernando se sintió hasta el punto excitado por aquel inesperado espectáculo, que su miembro viril se puso erecto como una torre. La joven comenzó a jadear más fuerte, con los ojos abiertos, mientras el maestre bramaba sobre ella y ambos llegaban al éxtasis casi a la vez.

Fernando cerró el cortinaje y mandó llamar a una de las criadas para que le aliviase de aquel fuego que había encendido la muchacha, pero ya no pudo quitársela del pensamiento.

Cuando recibió al maestre de Calatrava para enviarlo a Jaén para que protegiese sus tierras y las del rey, sabía que no era suficiente con alejarlo de aquella doncella hermosa que parecía haberlo sorbido el seso; su lujuria le pedía que eliminara al contrincante. Rodrigo era un hombre joven con poco más de veintiséis años, que había roto su voto de castidad, como su padre, Pedro Girón, había hecho antes que él, engendrando cuatro hijos con doña Isabel de las Casas, su madre. Además, don Pedro había intentado casarse con la reina Isabel, pero murió misteriosamente unos días antes de la boda, aunque él sí sabía lo que había sucedido a aquel malnacido; los venenos habían hecho la justicia que el buen Dios se negaba a acometer frente a tal infame maestre. Por eso Fernando tenía muchas razones para acabar con su hijo, a pesar de que este le había jurado lealtad, pero sabía que la única razón que en el fondo le movía a deshacerse del joven era la pura y extrema lujuria. El rey había ordenado a los oficiales que irían a combatir con Rodrigo Téllez que le dejaran solo en medio de la batalla, para que los sarracenos le dieran muerte.

Apenas Rodrigo abandonó la corte, Fernando no dejó de perseguir a la joven dama que su tía nunca dejaba a solas. Beatriz de Bobadilla le observaba de lejos, le lanzaba aquellas miradas de deseo y él se contentaba con desahogarse con todas las mozas que tuviera a su alcance. No desechaba moras o cristianas, judías y plebeyas, campesinas o abadesas, para el rey cualquier mujer de bello rostro y sugerente figura era buena para saciar su impetuosa hombría.

Fernando esperaba con ansiedad las novedades del frente, pero su interés no era terminar la Reconquista, tampoco echar a los moros de la península, sobre todo mientras estos pagaran sus

tributos, lo único que ansiaba era la noticia de que el maestre había caído muerto en el campo de batalla.

Quiso el destino, que siempre se burla de los planes de los hombres, que aquella jornada en la que Fernando iba a conseguir su presa, a muchas leguas de su palacio, Rodrigo Téllez luchara por su vida.



Beatriz aún recordaba la mirada de su rey y cuando evocaba en sus pensamientos aquella escena, más que vergüenza sentía un profundo placer, del que solo podía desprenderse con el pecado del onanismo. Muy pronto había descubierto que entre sus piernas había una fuente de placer inenarrable. Se lo había enseñado una de sus esclavas africanas llamada María, a la que sus padres habían comprado en Medina del Campo. Su padre Juan se había quedado prendado por aquella joven del color del ébano, tan poco habitual en el mercado de esclavos, y la había llevado a su casa para disgusto de su esposa Leonor, que sabía muy bien para qué la quería su esposo. La joven esclava se encargaba algunas noches de aliviar a don Juan, pero el resto del día lo pasaba realizando las labores más indeseables de la casa, como acarrear agua o limpiar los suelos de rodillas. Beatriz, primero por curiosidad y después por aburrimiento, se había hecho su amiga. Las dos se escondían por la amplia casa y el frondoso jardín, y mientras Beatriz leía a la joven esclava historias de caballería, la africana le enseñaba algunas de las costumbres de su tierra. Así forjaron una amistad secreta, hasta que su madre las sorprendió una tarde calurosa en el lugar más apartado del huerto mientras la africana le enseñaba a la joven ama como darse placer a ella misma.

Leonor estuvo a punto de ingresar a su hija en un convento, para ella el placer, si lo había, cosa que nunca había sentido, debía

darse en el acto sagrado del matrimonio. Su madre obligó a su padre a vender a la esclava y mandó a su hija a la casa de su cuñada Beatriz, para que la convirtiera en una dama de la corte y le buscara un buen marido, pero a la joven Beatriz no se le olvidó cómo obtener de la fuente del placer las más exquisitas gotas.

Mientras intentaba con sus ojos cerrados acabar de satisfacerse, le vino a la mente el rostro de su amado Rodrigo. El maestre le había prometido reconocer a sus hijos y amancebarla, pero ella sabía que sus padres jamás lo consentirían. Se habían visto por primera vez un año antes, cuando ella recién había cumplido los diecinueve años y muchos comenzaban a decir que estaba convirtiéndose en una vieja solterona. Ella se encargaba de ayudar a su tía en el servicio a la reina Isabel y acompañar a la corte adonde quiera que esta se dirigía. El maestre les visitó en Toledo, al parecer para arreglar unos asuntos de su orden y no cejó hasta lograr quedarse a solas con ella. Beatriz, que no había estado con un hombre sin que su tía estuviera presente, al principio se sintió azorada, pero cuando él le prometió su amor eterno y le tomó su mano, su mente comenzó a fantasear con las historias de caballeros andantes y damas que había leído en su adolescencia.

Los besos no tardaron en llegar y con ellos las primeras sensaciones, hasta que sus dos pieles se fundieron en una, pero Beatriz supo mantener su honra. El joven maestre tuvo que conformarse con sus caricias y lanzar su néctar al suelo. No quería perder lo único que podía salvarle de terminar en una mancebía o, peor aún, en un convento. Una de las damas de la corte, mucho más avezada, le había contado que grandes emperatrices como Teodora o Mesalina habían ejercido aquel oficio, en otra época sagrado, pero que ahora condenaban los sacerdotes, a pesar de que muchos de ellos eran clientes habituales y que los mejores lupanares del mundo se encontraban en Roma. Aquella dama, llamada Juana, también le había hablado del rey. «Su majestad —decía la cortesana— es el

hombre más varonil de Castilla y Aragón, cuando regresa de sus numerosos viajes todas comenzamos a revolotear sobre él como polillas sobre una lámpara de aceite». Beatriz lo había comprobado con sus propios ojos, el rey había tenido muchas amantes, le gustaban especialmente las abadesas. La reina Isabel aborrecía el comportamiento de su esposo y se había propuesto reformar la Iglesia y terminar con la lascivia y la gula enfermiza en la que se encontraban la mayoría de los monasterios y conventos de España.

Juana le había comentado a Beatriz mientras cosían o paseaban por los jardines, que Fernando era el hombre más viril del reino, que la había montado una vez tras una copiosa comida en los jardines del alcázar de Córdoba y que jamás había sentido tanto placer en su vida.

Beatriz estaba llegando al éxtasis cuando llamaron a la puerta, se bajó las faldas e intentó disimular sus mejillas sonrosadas por el placer. La mujer que atravesó la puerta como un espectro no era otra que su tía.

—¿Qué hacéis en el lecho a estas horas? ¿Acaso no han mandado faena?

—Tía, estaba intentado descansar, hoy no he parado un momento.

La tía frunció el ceño, se acercó a ella y comenzó a olfatearla.

—¿Hace cuánto que no os laváis?

Beatriz solía perfumarse cada mañana, por lo que le extrañó aquel gesto.

—Siempre los sábados, pero hoy estamos a jueves.

—Daos un baño, que el rey os espera.

Las palabras de su tía la sorprendieron, pero pidió a sus criadas que le preparasen el baño. Mientras se metía en el gran tonel, su tía entró de nuevo en la estancia. Se ruborizó al ver que esta les decía a sus criadas que se marchasen y que ella se encargaría de su sobrina.

—Hoy tenéis que cumplir un importante papel para vuestra familia; el rey os ha escogido y me ha ordenado que os prepare. Mi ama no puede saber nada, por lo que tenéis que ser discreta. Su majestad me ha prometido que os buscará un buen esposo y os colmará de títulos y tierras.

A la joven le sorprendieron aquellas palabras, su tía siempre le había sido leal a la reina a la que conocía desde niña, la había protegido del desagradable Girón y de su idea de desposarle, así como de los planes de su hermano Enrique IV, pero su tía era más leal a su familia que a la reina.

—Pero ¿qué sucederá si su majestad se entera?

Su tía le frotó el cuerpo y le dijo sin parpadear:

—Se enterará, y esa será nuestra oportunidad.

Las misteriosas palabras de su tía aún retumbaban en su cabeza cuando salió del baño y se puso sus mejores ropajes. Mientras dos guardias la llevaban hasta las habitaciones de rey, Beatriz temblaba como una virgen el día de sus desposorios, aunque en el fondo había anhelado aquel momento desde la fría tarde de marzo en la que los ojos del rey se habían cruzado con los suyos.



Rodrigo partió de Córdoba el 1 de julio de 1482, aún recordaba el dulce sabor de su amada cuando se acercaba a Alhama, la plaza había sido ganada por su rey pocos meses antes. Los moros continuaban pululando por todas partes, ante el disgusto de los frailes y los sacerdotes que intentaban obligarles al bautismo. El viaje desde Almagro había sido muy largo y pesado, tenía las cintas del cuero caladas en los hombros y del capacete le salían los chorros de sudor. La toma de Alhama parecía más un golpe de suerte que el resultado de un plan bien trazado. El rey Fernando era impulsivo y prefería el vino, las doncellas y las fiestas a los sinsabores de la guerra, pero

la provocación de Zahara le había obligado a atacar a los granadinos. La ciudad había quedado desprotegida tras la partida de Gonzalo de Arias a Sevilla, los defensores desprevenidos habían caído con rapidez en manos de los musulmanes y habían sido llevados a Granada para ser vendidos como esclavos. Rodrigo Ponce de León había atacado en febrero, para sorpresa de los moros y del propio rey Fernando, y luego el marqués de Cádiz, con el apoyo del duque de Medina Sidonia, había asegurado la plaza.

La llegada a primeros de marzo de Abdul Hassan con un ejército de tres mil jinetes y cincuenta mil infantes había alarmado a Fernando que, sin dudarlo, había acudido a auxiliar a sus súbditos, pero antes de que el Rey Católico llegara con sus tropas, Hassan había regresado a Granada para armar sus trenes de asedio, pero, al ver a Fernando, el moro escapó con el rabo entre las piernas.

Ahora Rodrigo tenía la misión de asegurar Loja, para preparar poco a poco el camino para la conquista de todo el reino.

Rodrigo se alojó en la tienda más amplia, las huestes dormían en el campamento y él quería sentirse uno más. Al día siguiente partieron para Loja, colocaron los dos campamentos a la margen derecha del Genil, pero los moros no parecían muy amedrentados por los cristianos. Les atacaban de vez en cuando y se les veía bien abastecidos, por eso Rodrigo decidió levantar el cerco a la plaza y probar suerte en Riofrío. Se sentía fuerte después de haberse quitado de encima la tutela de Juan Pacheco unos años antes, pero la alargada sombra de su padre siempre le acompañaba. Le costaba mirar al fino rostro de la reina sin sentirse avergonzado y al mismo tiempo agradecido que el plan de su padre para casarse con ella no hubiera podido llevarse a cabo, no solo por la deshonra para su familia, sino por la afrenta a su madre, que toda la vida había vivido en pecado y alejada de la corte por su culpa, como una simple amancebada. Por eso estaba dispuesto, si era preciso, a dejar

la Orden de Calatrava y casarse con Beatriz. La deseaba como mujer, pero también la amaba con toda su alma.

El marqués de Villena se acercó hasta él, le acompañaban el conde de Ureña y el marqués de Cádiz. Todos pertenecían a su linaje, pero el mando lo tenía él. Su hermano, el conde de Ureña, se le acercó y le colocó la diestra en su hombro.

—Hermano, creo que deberíamos retirarnos, los moros están mejor organizados y pertrechados de lo que esperábamos, necesitamos máquinas de asedio, artillería y más hombres.

Rodrigo frunció el ceño, aquella batalla era muy importante para él, Fernando le había elegido para su primera misión importante tras la guerra civil en Castilla y tenía la intuición de que ya le había perdonado y tenía mucho que perdonarle.

En ese momento y sin previo aviso escucharon unos arcabuces y la trompeta que avisaba del ataque.

—¡Qué diablos! —exclamó Rodrigo, su escudero le colocó apresuradamente la armadura, que no logró ajustar del todo y los tres señores salieron con sus espadas para ver lo que sucedía.

Los moros rodeaban el campamento, muchos lanzaban sus saetas con las ballestas, unos pocos con sus largas lanzas intentaban ensartarlos y la mayoría utilizaba sus espadas para alcanzar a los infantes que huían despavoridos.

El maestre logró organizar sus filas rápidamente, primero los lanceros con sus largas picas, como un puercoespín preparado para la batalla; después, los pocos arcabuceros con los que contaban y, por último, las dos piezas de artillería. Rodrigo y parte de los caballeros lograron subir a sus cabalgaduras y comenzaron a combatir a los sarracenos, que enseguida empezaron a retirarse.

—¿Los seguimos? —preguntó el conde de Ureña.

—¡Vamos a por ellos! —gritó el maestre, que notaba cómo el corazón le bombeaba con fuerza en el pecho. Trescientas lanzas persiguieron a los moros, pero no sabían que estos habían prepa-

rado una técnica de *tornafuye*, por lo que a pocas leguas los musulmanes pasaron por un el camino que se estrechaba entre los árboles y los cristianos, sin tomar las precauciones debidas, los siguieron sin miramientos. Rodrigo iba a la cabeza con la espada en lo alto y gritando a los moros que huían como ratas de un barco que se hunde.



Beatriz entró en los aposentos reales y, a pesar de su descaro y cierta gracia, se sintió intimidada. El rey no estaba solo, le acompañaban su paje y dos enanos que le entretenían y servían en todo lo que necesitaba. Fernando se la quedó observando mientras bebía un sorbo del vino de Toro. Ella sintió cómo la desnudaba con la mirada, le hubiera gustado salir corriendo de allí, pero su tía se lo había advertido, tenía que agradar al rey, porque aquello era un deber divino.

La joven se aproximó despacio hasta encontrarse a una brazada del monarca. De cerca le pareció algo más viejo, aunque apenas tenía treinta años, sus ojos estaban marcados por unas profundas ojeras, pero su mentón era fuerte y masculino, sus brazos fornidos se apretaban a la tela de su camisa ligera y su vientre aún permanecía plano como el de un caballero.

El rey dejó la copa de oro en manos del paje y con un gesto le pidió que se retirara, pero no dijo nada a los enanos, que para él eran una parte más del mobiliario, aunque estos se marcharon al fondo de la sala, donde la luz de las velas no podía iluminarlos. Por primera vez, la joven sintió cierta tranquilidad, como si la intimidad que se cernía sobre ambos estuviera convirtiendo aquella cita obligada en una romántica velada.

El rey pensó en Rodrigo, le habían llegado informaciones de que no le iban bien sus intentos de conquistar Loja, pero aún permanecía con vida. Aquello le excitó todavía más, aunque estaba se-

guro de que en unos minutos iba a cometer al menos tres pecados mortales, pero para eso tenía a sus curas y obispos, para que intercedieran por él, que además de rey era hombre y necesitaba satisfacer ciertos instintos.

La joven vestía una sencilla túnica de seda al estilo moro. Con la mano derecha se bajó el hombro izquierdo y cuando hizo el mismo gesto con el derecho, la tela se deslizó por su curvilíneo cuerpo con tanta rapidez que sintió cómo le rozaba los pezones y acto seguido el peso de la tela en sus pies. El rey la contempló con holgura, sin prisa, como se hace con una potra antes de comprarla. Después se puso en pie y ella notó su corpulencia, era mucho más alto que ella. Beatriz levantó la mirada y vio de nuevo aquellos ojos, los mismos que llevaban meses codiciándola, los mismos que ella había imaginado decenas de veces mientras se consolaba.

Fernando tocó su barbilla con los dedos, como si quisiera comprobar que era algo real, después le acarició las mejillas sonrosadas y el pelo castaño, largo y suelto. No profirió palabra, simplemente agachó la cabeza y la besó en los labios, un beso largo y húmedo, con sabor a vino con canela, como lo tomaban los romanos siglos antes. El rey percibió el perfume de la joven, después el olor al jabón de lavanda, su piel era tan suave como la de un bebé. Los pechos firmes y abundantes se hincaron en su camisa de lino y sus manos buscaron con avidez las nalgas duras, aquella era la parte que más le atraía de las mujeres. Después la tomó de la mano y la llevó hasta el lecho, lo hizo con una ternura que Beatriz no esperaba, como si estuviera preparando a una virgen para su cama nupcial, aunque él no era su marido ni ella pura. La tumbó sobre la cama y la miró unos instantes, después le abrió las piernas y la contempló de nuevo, miró sus labios rojos y el pelo castaño de su vulva, se agachó y comenzó a besarlo despacio. Aquel inesperado acto le hizo saltar con un respingo, notó la lengua juguetona del rey repasando parte de su cuerpo que jamás había visto ni sentido,

en unos segundos estaba tan excitada como si el rey la hubiera poseído durante horas, un escalofrío le recorrió la espalda y notó cómo la invadía el mayor de los placeres, comenzó a gritar y convulsionarse, olvidándose de dónde estaba y quién, de rodillas, saboreaba su lugar más sagrado.

El rey se puso en pie y se secó los labios con el envés de la mano, parecía complacido de haberla hecho gozar y haberla preparado para la penetración, se quitó las calzas y ella pudo contemplar su verga, enorme y completamente eréctil, nunca había visto ninguna, ya que Rodrigo se la había ensartado sin previo aviso y al resto de los hombres con los que había estado se había limitado a consolarlos por debajo de sus ropajes. Se preguntó por un segundo si todo aquello lograría atravesarla. La respuesta no tardó en llegar, notó cómo el miembro viril la penetraba y abría sus carnes, rodeó las espalda del rey con sus piernas e hizo que la introdujera por completo. El rey la miró a los ojos y comenzó a poseerla con suavidad, pero pasados unos minutos empujó con más fuerza y endureció su mirada; entonces, de una forma inesperada, ella se quitó de debajo, le dio la vuelta y cabalgó sobre su pene. Fernando no se esperaba aquella iniciativa en un moza tan joven e inocente, pero al contemplarla a horcajadas sobre él con sus grandes pechos bamboleando y con la barbilla hacia arriba como si intentara alcanzar el séptimo cielo, estuvo a punto de eyacular, pero logró controlarse. Quería alargar ese momento todo lo posible, la joven cada vez cabalgaba más deprisa, hasta que llegó a galopar sobre sus caderas y comenzó de nuevo a convulsionar y agitarse entre gritos. Entonces él la quitó de encima y la colocó a cuatro patas, ella giró la cabeza y el rey la embistió con fuerza mientras aferraba sus caderas con sus manos grandes y fuertes.



Rodrigo Téllez comprendió demasiado tarde que aquello era una trampa; cuando miró a su espalda, sus hombres se habían dado a la fuga, incluido su hermano. Tiró de las riendas de su caballo para frenarlo y que volviera sobre sus pasos, pero una lluvia de saetas comenzó a descender sobre su cabeza. El joven logró protegerse con un pequeño escudo el rostro y notó cómo algunas de las flechas golpeaban su casco y su armadura. Cada saeta que chocaba en su cuerpo parecía como un agujonazo de avispa, dos de ellas le cortaron la respiración cuando le impactaron cerca del corazón. Al final logró girarse e hincó espuelas, el caballo se encabritó, levantó las patas delanteras y estaba a punto de volver a plantarlas y echar a correr cuando el maestre sintió dos agujonazos en la espalda, el caballo chocó con las pezuñas sobre el suelo y comenzó a galopar con todas sus fuerzas. Había avanzado unas pocas brazadas cuando el joven maestre escuchó los silbidos de nuevas saetas, una pasó muy cerca de su oreja, otra le rozó la mano, pero sin alcanzarle ninguna.

Rodrigo vio el final de aquel largo túnel de árboles; al otro lado estaría a salvo. Entonces notó un fuerte dolor en la nuca, como si le hubieran lanzado una piedra, se tocó en la herida y palpó la saeta clavada en su hombro.

—Tranquilo —se animó sin atreverse a sacarla.

Continuó cabalgando hasta que una segunda saeta le dio en pleno cuello, notó la sangre recorriendo su camisa interior sudada, estaba caliente como aceite hirviendo, comenzó a nublársele la vista, tosió y la sangre salió de sus labios a borbotones, con ese sabor salado y espeso que ya había probado antes. Intentó balbucear algo, tal vez elevar una oración, pero lo único que escuchó fue el burbujear de la sangre y supo que se le iba la vida. «Tan pronto», pensó mientras el cuerpo le fallaba y quería caerse de la cabalgadura, se aferró a la silla, pero casi sin fuerza se inclinó hacia delante. El último pensamiento que rondó su cabeza antes de que su mente se borrara por completo fue Beatriz, aquel último día en Córdoba

mientras caminaban juntos por los jardines del alcázar y él le juró amor eterno.



—Beatriz —dijo Fernando con los labios entrecerrados mientras la penetraba con fuerza. Ella comenzó a moverse con brío, sintiendo cómo su miembro le golpeaba las nalgas y ella perdía la noción del tiempo, jamás Rodrigo lo había hecho así, el rey era un portento, como le había prometido su amiga Juana.

El rey siguió embistiéndola hasta que notó cómo le venía el placer y entonces le hincó el miembro con fuerza, ella levantó la cabeza y ambos lograron llegar al mismo tiempo al más extremo éxtasis.

Los cuerpos sudorosos de los dos amantes se tumbaron uno al lado del otro, estaban sin aliento, pero satisfechos, con las cabezas aún embotadas por el placer. Los dos enanos se aproximaron y los taparon con las mantas. Beatriz notaba la semilla del rey dentro y temió quedarse preñada, pero no se movió. Dejó que las horas pasaran, que la noche les diera un respiro, para volver a sus amores antes de que despuntara el alba.

Un truhan, una reina y un difunto

«Ha de notarse, pues, que a los hombres hay que conquistarlos o eliminarlos, porque si se vengan de las ofensas leves, de las graves no pueden; así que la ofensa que se haga al hombre debe ser tal, que le resulte imposible vengarse».

NICOLÁS MAQUIAVELO, *El príncipe*

Córdoba, 12 de septiembre del año de Nuestro Señor de 1482

Hernán Peraza el Joven era hijo de don Diego García de Herrera e Inés Peraza de las Casas, señores de las islas Afortunadas, por herencia de Hernán Peraza el Viejo, que había conquistado varias de las islas. Su abuelo había llegado a Fuerteventura en 1447 y tomado posesión de ella sin mucha resistencia, pero había fracasado a la hora de tomar Gran Canaria y La Palma, donde había perdido a su tío Guillén. Desde entonces su familia había batallado para conquistar y pacificar las islas dominadas por los guanches. Los Peraza habían servido a los reyes de Castilla desde la llegada al trono de Enrique III y ahora se lo pagaban de aquella manera.

Hernán se puso en pie y miró por la ventana enrejada hacia la calle próxima, llevaba varios meses encerrado sin que saliera su pleito, le trataban como a un vulgar asesino a pesar de que él no había hecho mal alguno. Habían sido la esposa y familiares de Juan

Rejón los que le habían acusado falsamente. Aquel capitán mal encarado ya había intentado arribar a Lanzarote tres años antes, pero él mismo le había impedido amarrar en el puerto de Arrecife, al venir acompañados por malos vasallos que se habían quejado a la Corona y no aceptaban el señorío de su familia. Por eso, cuando se enteró de que Juan Rejón había desembarcado en su isla, La Gomera, siendo bien recibido por el pueblo de Mulagua, mandó a algunos de sus hombres para detenerlo, ya que temía que viniera con malas intenciones, pero el capitán se resistió y sus hombres tuvieron que matarlo.

¿Cuál era su delito? ¿Proteger las tierras de su majestad? ¿Recaudar impuestos para los reyes, para que pudieran acometer su empresa en Granada?

Sabía que su madre Inés andaba en la corte, aunque sabía que les rodeaban enemigos sin número. Tanto la Corona de Castilla como la de Portugal habían intentado pisotear sus derechos y quedarse con su señorío de Canarias, pero no lo habían conseguido, y sin duda todo aquello era una estratagema más para robarles lo que era suyo. Su madre era muy fuerte y sabría muy bien cómo actuar, no le había temblado la mano para quitarle a su hijo mayor al gobierno de El Hierro cuando este había conspirado contra ellos. Inés sabía que la única que podía intermediar en aquel asunto era Beatriz de Bobadilla, marquesa de Moya.

Hernán se desesperaba cada día más, temía que la traicionera familia Rejón consiguiera llevarlo al cadalso, apenas había cumplido los treinta y dos años, no tenía descendencia y su vida habría pasado inadvertida para Clío, la musa de la historia.



Beatriz se convirtió en la preferida del rey y toda la corte comenzó a murmurar. El cuerpo sin vida de Rodrigo fue enterrado en la igle-

sia de San Benito, en Porcuna, sus hombres habían logrado recuperar el cuerpo y huir, dejando el cerco de Loja. Fernando no tenía mucho interés en continuar la guerra, al menos hasta la primavera siguiente, y parecía que los moros también se retiraban a sus campamentos de invierno.

La joven doncella comenzó a recibir joyas y ropajes de su majestad y, cuanto más se engalanaba, aún más crecían las murmuraciones. La lengua más afilada de aquella corte de maldicientes era Alonso Carrillo, bisnieto de Pedro el Cruel, que tal apodo le podían haber puesto también a él. Tenía fama de avaro y carácter difícil, odiado por todos sus vasallos a los que asfixiaba con impuestos abusivos. El guarda mayor, que aquel era su título en la corte, lo único que no guardaba era su lengua de chimes, cancioncillas maledicentes y todo tipo de murmuraciones.

Aquel día de finales del verano muchos de los miembros de la corte se encontraban ociosos paseando por los jardines, los reyes querían entretener a sus amigos con una cena al aire libre, visto que el tiempo todavía los acompañaba. Las mesas estaban dispuestas, pero todos esperaban a que bajara un poco el sol antes de sentarse a disfrutar de la velada; el olor de los faisanes asados y del resto de las ricas viandas ya comenzaba a impacientar a los estómagos de los invitados, mientras que, al otro lado de las murallas, los mendigos y huérfanos soñaban con roer un pedazo de pan duro o las migajas de sus señores.

Alonso Carrillo aún estaba pálido por las últimas noches que había pasado en prisión por su mala costumbre de meterse en pleitos y duelos. Mientras caminaba con su camarilla de irritantes amigos se cruzó con Beatriz y unas damas. Esta se detuvo cortés y le comentó:

—Señor Alonso, a mí me dio mucha pena esta desgracia vuestra, ya que todos los que os conocen creían que el rey iba a mandaros ahorcar.

Alonso puso los brazos en jarras y contestó a la doncella, que todos sabían que era amante del rey.

—Señora, yo también tuve ese miedo, pero abrigué la esperanza de que ibais a pedirme por esposo.

Todos se echaron a reír, menos la joven Beatriz, que, a pesar de llevar un tiempo en la corte, aún no dominaba el idioma mundano.

En ese momento, se acercó el rey y todos inclinaron las cabezas; Alonso Carrillo levantó la mirada aterrorizado y Fernando, con un gesto de desprecio, comentó:

—¿Ya estáis de nuevo con nosotros? Os hacía en una de mis cómodas mazmorras. He escuchado vuestra ocurrencia y me he preguntado quién querría salvar a alguien como vos; si no fuera por la benevolencia de la reina, ya habríais pasado a mejor vida.

Carrillo comenzó a temblar y el rey se apartó con Beatriz. Desde el otro lado del jardín, Isabel contempló la escena indignada, su esposo se había atrevido a defender a su amante en público. Hasta entonces se había conformado con criadas o nobles catalanas y aragonesas, pero caminar del brazo de su amante en plena corte era algo que no estaba dispuesta a soportar.

En ese momento se aproximó hasta ella su amiga Beatriz, duquesa de Moya, se sentó a su lado y le puso la mano en el regazo con delicadeza.

—¿Os encontráis bien, majestad?

—No, estoy muy turbada. Vuestra sobrina es la nueva amante del rey y este la pasea lozano por la corte. Si no fuera por el lazo de sangre que os une, ya habría mandado que la azotasen y la echaran a patadas de aquí.

—¿Mi sobrina? ¡Por Dios! ¿Qué decís?

—Lo que oís.

—Pero si es virgen, no ha conocido varón.

La reina frunció el ceño y le contestó a su amiga:

—Me tomáis por boba, todo el mundo sabe que era la amante del difunto maestro de Calatrava, al que sedujo y le obligó a desobedecer sus votos, pero antes de que su cuerpo se enfriara en el campo de batalla, ya estaba yaciendo con mi Fernando, la muy zorra. Mirad sus joyas y ropajes nuevos, esas son las pruebas de sus fechorías.

La marquesa de Moya supo que la fruta estaba madura, se acercó al oído de su amiga y confidente y le dijo:

—No os perturbéis, tengo la solución perfecta a todos estos desmanes. Que el buen Dios con la herida siempre entrega la venda.

Isabel se aferró al brazo de su amiga y le preguntó impaciente:

—¡Contadme por Dios! No sé qué haría sin vuestro servicio.



Fernando llevó a Beatriz a sus aposentos justo después de la fiesta, la joven no había querido mostrar sus sentimientos durante todos aquellos meses, pero la pérdida de Rodrigo le había roto el alma. No estaba segura de amarlo, al menos con el tipo de amor que había leído en las viejas historias de caballería, pero en parte se sentía responsable por todo lo sucedido, como si Dios la hubiera castigado por sus muchos pecados. En cambio, en el rey veía una cierta indiferencia ante todo lo que le rodeaba, como si estuviera muy por encima de las circunstancias y nada pudiese hacer mella en su ánimo.

Lo cierto era que apenas hablaban, se veían de forma fugaz o pasaban una noche de pasión inusitada, para después caer en un profundo sueño. Además, Fernando había viajado con la reina por diferentes lugares, atendiendo a los asuntos de sus súbditos. En unos días emprenderían un viaje a Guadalupe y después viajarían a Madrid. Beatriz también había percibido la hostilidad creciente de Isabel y era consciente del peligro que corría.

—¿Qué os sucede? ¿Os noto como ausente?

La joven se giró hacia Fernando que estaba comenzando a desnudarse mientras ella le esperaba en la cama.

—Creo que la reina está comenzando a sospechar.

—¿Bromeáis? —preguntó el rey a su joven amante—. Mi esposa es muchas cosas, pero sin duda no es boba, sabe perfectamente lo que sucede, pero hace años que acordamos tácitamente no meternos en la vida amorosa del otro. Los reyes no somos como el resto de los mortales. Nuestra boda supuso la paz en la península y supondrá la expulsión de los últimos moros. Castilla me tiene absorbido, esos malditos cortesanos me hicieron prometer que no abandonaría Castilla hasta que Granada cayera en nuestras manos. Isabel sabe que necesito un desahogo, la presión es demasiado fuerte.

La joven le observó sorprendida por su franqueza, el rey no escondía que aquello era un mero entretenimiento y esperaba que ella sintiera lo mismo.

—Pero no es eso lo que os aflige, ¿verdad?

La joven asintió con la cabeza y Fernando se sentó justo al lado.

—La muerte de Rodrigo.

—El fallecido maestre de Calatrava. Lo cierto es que fue una desgracia, un joven tan prometedor, con toda la vida por delante, pero si el buen Dios lo quiso, quiénes somos nosotros, vanos mortales, para oponernos a sus designios.

Fernando tocó el pecho de la joven y sus pezones se pusieron duros al instante, el rey también se excitó al saber que aquella preciosidad era totalmente suya y que el joven maestre no sería un obstáculo; ni por un segundo pasó por su cabeza el haberle conducido a una muerte segura, al igual que no le preocupaban los celos de su esposa o lo que dijeran el resto de los miembros de la corte; él era el rey y únicamente debía rendir cuentas ante Dios, pero de sus pecados ya se encargaban su confesor y los príncipes de la Iglesia.

El rey besó los labios de Beatriz mientras con la mano derecha le tocaba la vulva; ella se olvidó de todo de repente, el sexo se había convertido en el único elixir que le hacía desdeñar todo y dejar que su cuerpo se expresara libremente. Fernando no tardó mucho en montarla mientras ella sentía su cuerpo firme y musculoso sobre su piel delicada y tersa. La siguiente hora se les pasó en un suspiro, mientras gemían y gritaban de placer. Castilla se aproximaba a la guerra total, las levadas se acrecentaban, conquistar el último reino sarraceno de la península no sería sencillo, muchas vidas tendrían que ser sacrificadas en el inagotable altar de la muerte, pero si aquello servía para mayor gloria de sus majestades y de Dios, el precio bien merecía la pena.



Hernán escuchó unos pasos y se puso en guardia, temía que en cualquier momento y sin mediar explicación le llevaran hasta el cadalso. No temía a la muerte, en el fondo no creía en nada, pensaba que tras el velo definitivo lo único que podría ver era el andamiaje endeble de la religión, vacío y superficial como todo lo que tocaba el rey Midas. Desde muy joven había entendido lo fatuo de la existencia, nunca le había faltado de nada y, tal vez por eso, todo le hastiaba.

Los pasos se detuvieron frente a la puerta, la luz de las antorchas penetró por los resquicios de la puerta y, al escuchar cómo el estridente sonido de la hoja al girarse rompía el silencio, se estremeció. Observó la cara feroz del carcelero, sus dientes renegridos y el parche en el ojo; sintió miedo, pero al apartarse a un lado, el vil guardián de su alma permitió el paso a una dama. Al principio no la reconoció, apenas habían coincidido un par de veces y ella siempre se encontraba sentada en el trono.

La reina se acercó hasta el reo y se sentó en una silla que había dejado el carcelero.

—¡Majestad! —exclamó el prisionero, y se arrodilló a sus pies. Las cadenas comenzaron a rasgar el suelo y su sonido amortiguó la respiración acelerada de Hernán.

—No os preocupéis, levantaos y escuchad.

El noble se puso en pie y con la cabeza inclinada esperó a que la reina comenzara a hablar.

—No habrá juicio contra vos. —Aquellas palabras le inflaron el pecho y se inclinó de nuevo para besar la mano de la reina—. Esperad, no será tan fácil libraros del castigo. Sin duda, vuestros hombres cometieron un vil crimen contra uno de nuestros heraldos. Ellos pagarán con la vida, pero vos deberéis tener también vuestra penitencia.

—La que me pongáis será leve y justa, majestad.

—En primer lugar, deberéis luchar junto a don Alonso Fernández de Lugo y Pedro de Vera en la conquista de Gran Canaria, todo esto a vuestro coste, naturalmente.

Hernán respiró aliviado, aquello más que un castigo parecía una nueva oportunidad de demostrar su valía y lealtad a la Corona.

—Será como decís —contestó, no pudiendo disimular su pícarona sonrisa.

—En segundo lugar, os casaréis con Beatriz de Bobadilla, sobrina de la marquesa de Moya, para ello le concederé una dote de quinientos mil maravedíes.

El hombre abrió los ojos todo lo que pudo. Debía de ser una mujer fea y desagradable para ofrecer aquella cantidad, pensó para sí.

—La boda será en cuanto lleguemos a Madrid y os la llevaréis para siempre de la corte. ¿Entendido?

—Sí, majestad.

—Ahora mismo os sacarán de aquí, os permitirán daros un baño y os asignarán una buena habitación. Mañana mismo conoceréis a vuestra prometida.

La reina se puso en pie, él volvió a besar su mano y cuando Isabel abandonó la celda, el alguacil le dio sus pertenencias y le acompañó hasta la puerta de la prisión, desde allí, un criado de la corte le llevó hasta un lujoso aposento en el que ya estaba preparado un baño humeante. Hernán se quitó los ropajes sucios y con restos de comida. Se metió dentro del agua casi hirviendo y mientras los vapores comenzaban a adormecerle, de repente sintió de nuevo aquella sensación de que sus fechorías nunca tenían consecuencias, que siempre podía actuar a su antojo. Su madre Inés le había criado con aquella poderosa sensación de que el mundo y todo lo que le rodeaba se encontraba a su completo servicio. Ahora regresaría a las islas Afortunadas con una esposa, una fuerte suma de dinero y la oportunidad de acumular más gloria y poder para su familia. Los dioses, si es que existían, le eran completamente favorables.



Fernando montó en cólera, lanzó varias copas al suelo y después se volvió hacia su esposa que le miraba impasible.

—¿Por qué habéis concertado una boda a mis espaldas?

Isabel no podía evitar disfrutar de aquella situación, su esposo se comportaba como un niño al que le hubieran quitado su juguete.

—Con quién caso a una dama de mi corte siempre ha sido mi prerrogativa, al igual que impartir justicia a un vasallo castellano. ¿No sé por qué os habéis puesto de esta forma? Nunca os han preocupado los asuntos domésticos —comentó sin apenas alterarse, aunque sabía perfectamente por qué su esposo se había puesto de aquella manera. Al alejar allende los mares a su amante, le obligaba a renunciar a ella para siempre—. Ahora debéis centraros en la conquista de Granada, también en la rebelión en Galicia, dejadnos a las mujeres los asuntos de las mujeres.

Fernando respiró hondo, sabía que tenía la partida perdida, era imposible impedir aquella boda, a no ser que empleara de nuevo su astucia.

—Mañana partimos para Extremadura, que los dos novios vengan con nosotros, los casaremos allí.

La reina titubeó un momento, pero después hizo un gesto afirmativo con la cabeza. El tema estaba zanjado.



La larga caravana de la corte partió hacia Guadalupe, los hermosos carruajes llamaban la atención por todos los lugares por los que pasaban, aunque era inevitable que el polvo del camino y las largas jornadas incomodaran a toda la comitiva. Hicieron noche a mitad de camino en un pequeño pueblo con posada. La mayoría de los pasajeros se dirigieron de inmediato a las habitaciones, pero la marquesa de Moya aprovechó para aleccionar a su sobrina antes de que se marcharan a dormir.

—En Guadalupe se os presentará a vuestro prometido y debéis estar agradecida. Es un noble que posee la isla de La Gomera.

—¿Una isla? Por Dios, ¿dónde se encuentra eso? —preguntó angustiada, aquello era como mandarla al exilio.

—En mitad del océano, pero no os preocupéis, la reina ha ofrecido una dote generosa y la familia de vuestro prometido son los señores de las islas Canarias.

—No podré ver más a mi familia ni a vos.

—Hemos venido a este mundo para hacer sacrificios y en el caso de las mujeres esto se cumple doblemente.

Beatriz se encontraba desolada, compartía habitación con su amiga Juana, pero en cuanto llegó al cuarto no pudo evitar que sus lamentos la despertasen.

—¿Os encontráis bien? —La joven no contestó, intentaba ahogar sus sollozos con la almohada. La amiga se acercó e intentó consolarla—: Casarse no es nada malo, de hecho, es lo mejor que podía pasaros, pensad que las mujeres solteras viven en desgracia y despreciadas por todos. Un marido os protegerá.

—Yo no quiero protección, simplemente deseo vivir la vida intensamente, pero mi tía me envía al exilio a Canarias.

La joven doncella no sabía de qué lugar se trataba, su mundo apenas terminaba en el mar, donde había acompañado en muchas ocasiones a los reyes.

—Me enteraré de cómo es vuestro esposo. Seguro que es un buen mozo y tiene suficientes maravedíes para que seáis plenamente feliz.

Beatriz se giró y permitió que el cansancio, unido a la pena, la dejaran descansar.



Tras dos jornadas de pesado viaje llegaron a Guadalupe con su imponente monasterio. Santa María de Guadalupe era uno de los pocos lugares en el mundo en el que Isabel se sentía en paz, lejos de los ajetreos de la corte y los sinsabores de su cargo. Nunca había querido ser reina, pero la muerte de su hermano le había impulsado a aquel puesto que siempre había considerado una dura carga. Se había casado enamorada, una temeridad para el cielo y la tierra, ya que las reinas y los reyes únicamente han de amar a sus vástagos, conscientes de que los matrimonios concertados eran pura aritmética política. Fernando estaba lleno de virtudes, además de apuesto era virtuoso, justo y valiente, decidido y gallardo, capaz y sincero, buen amante y padre. Sabía que su única debilidad eran las mujeres, su insaciable apetito sexual le llevaba a la imprudencia e incluso a la ira. Había hablado de ello a su confesor y este le había aconse-

jado que soportase con paciencia tales debilidades, pero ella, que conocía las Sagradas Escrituras y los mandamientos, era consciente de que los reyes, al igual que el resto de los mortales, debían obedecer la ley de Dios antes que sus propios apetitos.

Isabel no se consideraba tampoco perfecta, era algo huraña, pero alegre, fría en ocasiones, tal vez por su temperamento castellano, campechana pero orgullosa, ante todo celosa y vengativa, le costaba perdonar y olvidar la afrenta, aunque de niña no era así.

Bajaron de los carromatos y el abad los recibió con los brazos abiertos.

—Sus majestades, bienvenidos a nuestra humilde casa.

El abad jerónimo, estudioso de la Biblia y hombre campechano siempre estaba dispuesto a ser el mejor de los anfitriones para los Reyes Católicos.

Entraron en el hermoso claustro árabe y la reina se quedó mirando la fuente y los pequeños árboles frutales. Un pájaro se posó en una de las ramas y comenzó a cantar. El abad se quedó con Isabel mientras los monjes acomodaban al resto de la comitiva.

—¡Qué gran honor teneros aquí!

—Gran molestia más bien, lo sentimos, abad, pero este lugar me transmite tanta paz. La paz en los tiempos de tormenta es el mejor regalo que puede hacernos Nuestro Señor.

—Recordad que él viene caminando sobre las aguas, cuando estamos en medio de la tormenta.

Isabel se sentó en un banco de piedra y continuó observando el cielo azul jalonado de pequeñas nubes blancas.

—El tiempo está a punto de cambiar —comentó el jerónimo.

—No me digáis, vamos a Cáceres y desde allí a Madrid. El camino en invierno es más difícil y peligroso, el lodo lo cubre todo.

—Son las primeras lluvias fuertes, pero después saldrá el sol. ¿Hay algo que os preocupe?

La reina cerró los ojos y dejó que el sol acariciara su rostro que comenzaba a avejentarse poco a poco. Los numerosos partos habían deformado en parte su cuerpo, no le importaba, jamás había sido coqueta ni se consideraba especialmente hermosa, aunque sí agradecía a Dios la astucia que le había concedido.

—¿Qué me preocupa? La guerra con Granada será larga y costosa, por no hablar de los infantes que caerán en la batalla, la rebelión de los nobles gallegos, los levantiscos navarros y vascos, tan atados a sus tradiciones, los problemas de los señoríos y la falta de moral de los conventos y monasterios. Todo el peso del mundo cae sobre mis hombros.

El abad, que conocía bien a su señora, sabía que aquello no era lo que más le afligía.

—Dios proveerá —contestó el anciano. Después se quedó contemplando el cielo azul.

—Mi esposo me ha traicionado otra vez y cada herida queda grabada en mi alma, le he perdonado, pero las cicatrices son tan numerosas, que noto rugoso el corazón.

—Os entiendo, pero pensad en Cristo, que perdonó a toda la humanidad siendo inocente. —La reina ya conocía esa respuesta y no le consolaba en absoluto, de hecho, le hacía sentir peor—. Pero, por otro lado, esta tarde predicaré sobre ese punto, para que Dios corrija las conciencias, no os preocupéis.

—Orad por el alma del rey.

—Descuidad, majestad.



En la capilla se agolpaban todos los nobles, los siervos y los vasallos; los monjes estaban en el coro y desde allí alzaban sus voces a Dios. Beatriz se había sentado hacia la mitad, al lado de su tía y su amiga Juana. Cuando apareció un caballero, su amiga le señaló discreta-

mente a Hernán Peraza el Joven, que entraba en el templo acompañado de unos amigos. Beatriz se quedó horrorizada. Su futuro esposo no era feo ni demasiado viejo, pero había algo en sus andares orgullosos, en su manera descuidada de vestirse, en aquella altivez grotesca que le hizo que le despreciara desde el primer momento.

—¿No os gusta? —La joven negó con la cabeza y las dos amigas se echaron a reír—. Es vuestro futuro esposo, pero en esas islas habrá más hombres, no os preocupéis.

Cuando los reyes accedieron a la capilla todos se pusieron en pie, los monjes comenzaron a cantar y una atmósfera sagrada lo rodeó todo.

Unos minutos más tarde, el abad subió al púlpito y comenzó su breve prédica.

—Había un rey llamado David, hombre justo y amigo de Dios. Siendo muy joven, cuando era pastor de ovejas, Dios le eligió para que fuera rey de Israel y jamás hubo uno más grande y poderoso en aquellas tierras. El rey David fue también un buen poeta y músico, siendo aún un adolescente venció al gigante Goliat con una honda y se convirtió en uno de los generales del rey Saúl, monarca orgulloso y altivo. Tras casarse con su hija, David entró a formar parte de la familia real, pero advertido por Jonathan, su cuñado, de que Saúl quería matarlo, tuvo que vagar por cuevas y hacerse pasar por un lunático. Siendo David el ungido de Jehová, vivió afligido mucho tiempo esperando la promesa de su restauración. Tras la muerte de Saúl y su amigo Jonathan, fue proclamado rey de Israel, pero le costó apaciguar al resto de las tribus, ya que él pertenecía a una de las más pequeñas, Judá. Cuando construyó Jerusalén, holgado de haber conseguido tantos parabienes, mandó a sus hombres a la batalla y él se quedó en palacio disfrutando de su merecida paz. El profeta Samuel nos narra en su libro cómo David, una de esas tardes de ociosidad, vio a una bella mujer bañándose. Betsabé era una de las mujeres más bellas del reino, pero es-

taba casada con uno de sus oficiales más valientes, Urías. El rey, para poder yacer con la mujer de su prójimo, mandó al oficial al frente, logró seducirla y convertirla en su amante, pero al quedarse esta encinta, mandó llamar al esposo para que se acostase con ella, para que nadie descubriera su secreto.

El rey Fernando comenzó a moverse inquieto en su asiento, mientras Isabel le espiaba discretamente.

—Urías se negó a dormir en el lecho de su esposa mientras sus hombres guerreaban contra los enemigos de Israel, por ello David urdió un plan, le ordenó a sus oficiales en una carta que llevó el mismo Urías, que dejaran solo en la batalla al esposo de Bet-sabé y tras su muerte el rey podría desposarse con su amante. Así sucedió, pero Dios, que todo lo ve, quiso dar una lección al rey. Mandó al profeta Natán, que le dijo al rey: un hombre que tenía muchos ganados y animales recibió la visita inesperada de un amigo, pero como no quería sacrificar a sus bestias, envió a sus hombres que le quitasen a su vecino el único cordero que tenía. Aquel pobre hombre perdió todo lo que poseía, para que aquel rico avaro se sintiese satisfecho. David respondió airado que aquel hombre era digno de muerte. Entonces el profeta Natán dijo al rey que él era ese hombre, que teniendo tantas esposas y concubinas le robó a aquel hombre la suya y después lo mandó matar. David cayó de rodillas arrepentido, pero, a pesar de su arrepentimiento, el profeta le anunció que aquel hijo que había engendrado con la mujer de su oficial no nacería vivo. El gran rey de Israel pecó contra Dios, sus debilidades le hicieron caer y, en lugar de confesar su pecado, lo ocultó tras un crimen horrendo. Dios es misericordioso para todo pecador que se arrepiente. De otra manera, cuando nos resistimos a él, lo único que nos espera es la más horrenda oscuridad.

Fernando frunció el ceño y cogió con el puño apretado sus guantes. Tras la misa, el abad se reunió con sus invitados en el rectorio para cenar.

—Padre abad —dijo el rey al jerónimo—. Era la primera vez que hablaba en toda la cena.

—Decidme, majestad.

—A aquel rey del que hablabais, ¿qué le sucedió después?

—Sus hijos se rebelaron y quisieron arrebatarle el trono, tuvo que vagar en los últimos años de su reinado como un mendigo y vio cómo sus hijos morían uno tras otro.

Aquellas palabras parecieron calar en el altivo Fernando. Aquella noche mandó llamar a Beatriz a sus aposentos. La joven llegó vestida tan solo con una túnica roja de seda, el pelo suelto y los ojos pintados. Cuando la vio entrar pensó que se trataba del mismo diablo.

—Venid aquí, tengo que hablaros.

—Sí, majestad —contestó discreta y con la cabeza gacha.

—Lo que hemos hecho no está bien, hoy lo he comprendido.

—Por eso habéis dado mi mano a un pobre hombre que vive al otro lado del mundo. ¿Así me castigáis?

El rey tocó la barbilla de la joven.

—No es un castigo, Hernán es un buen partido para vos.

—No le amo, os amo a vos —dijo, poniéndose de rodillas.

—Mi esposa es la reina —contestó Fernando.

La joven recostó su cabeza sobre las piernas del rey.

—Soy vuestra humilde sierva —dijo mientras introducía la mano debajo de la túnica real y comenzó a jugar con su miembro. El rey comenzó a gemir mientras su conciencia se adormecía poco a poco y se decía a sí mismo: «Será una última vez, la última vez».



Hernán estaba sentado en una pared baja en el claustro, la noche era casi perfecta, aunque algunas nubes ennegrecían a la luna. Había visto de cerca a su Beatriz y se había quedado prendado de su

belleza. No entendía cómo los dioses le habían hecho aquel regalo después de todas sus fechorías, lo que demostraba que la vida de los humanos era puro azar, que lo mismo acontecía a los justos y a los injustos, entonces no había ninguna razón para hacer el bien y sacar el mayor provecho a la vida. Mientras el abad hablaba, él se imaginó retozando con aquella moza de pechos generosos y caderas curvilíneas. Aquella hembra era toda suya y apenas podía esperar pacientemente a la boda.

Se preguntó por qué tenía tanto interés la reina por alejarla de la corte. Un tal Alonso Carrillo había insinuado que Beatriz era amante del rey, por lo que estaba claro que la moza no era virgen, cosa que a él no le importaba demasiado. La dote era generosa y la belleza de su prometida compensaba cualquier mancha.

Escuchó unos pasos en el enlosado y se giró, dos hombres embozados se dirigían hacia él a toda prisa, se fijó en el destello de sus puñales y se puso en guardia. Sabía que era mejor huir, pero no llegaría a las escaleras vivo. Sacó su espada y los esperó impaciente. Se encomendó al mismo Belcebú.

—¿Venís a por mi alma? Serán las vuestras las que terminen en el infierno.

Los dos asesinos se lanzaron sobre él sin proferir respuesta, su oficio era matar no conversar. El primero pasó rozando la capa de Hernán y la desgarró, pero sin hacerle ningún rasguño. El segundo le rozó la oreja, Hernán llegó a escuchar cómo la hoja cortaba el aire fresco de la noche. El gobernador de La Gomera torció la muñeca y le dio con la espada de canto al primero, pero sin hacerle herida, con la navaja que tenía en la otra mano le hincó al segundo la hoja hasta el mango y lo movió con saña para agrandar la herida. El asesino soltó un gemido y se tocó la herida, lo que hizo que bajara la guardia y Hernán le rebanara el pescuezo, el otro intentó socorrerlo, pero se encontró con el hierro del gobernador atravesado sobre su pecho.

La guardia acudió enseguida ante los gritos, pero lo único que encontraron fue a los dos cuerpos desangrándose mientras Hernán ya se había escondido en su aposento, excitado y asustado por igual. Aquella moza tendría que valer su peso en oro, si por su culpa querían asesinarlo. A partir de ese momento, vigilaría mucho mejor sus espaldas.